

Tan récios aldabonazos,  
 Que hizo la aldaba pedazos,  
 Y de alto á bajo la hendió.  
 Espantados acudimos  
 Quien era á ver; conociéndole  
 Y persiguido creyéndole  
 Tal vez, á abrirle corrimos.  
 Pálido, desencajado,  
 Apenas se abrió el postigo,  
 Por él dándose conmigo  
 Se entró desataentado.  
 Sin que ninguno pudiera  
 Seguirle, y sordo á mi voz,  
 El patio cruzó velóz,  
 Subió á saltos la escalera  
 Y dió en su cuarto; barrear  
 Le oí puertas y ventanas,  
 Y no hubo fuerzas humanas  
 Que le hicieran contestar.  
 Doctor, ¡qué noche me dió!  
 A su puerta no cesé  
 De llamar, rogué, mandé;  
 ¡Todo en valde! ni chistó.  
 Sin poder más con mi afán,  
 Ciego el suyo por saber  
 Y llegándome á temer  
 Que cometiera un desmán  
 O que á su vida atentára,  
 Le amenazé con echar  
 La puerta al suelo y entrar:

DOCTOR

BARON

DOCTOR

BARON

DOCTOR

BARON

DOCTOR

BARON

¡Mas nunca se lo anunciára!  
 Espada en mano salió  
 Y tras todos emprendiendo,  
 Nos hizo salir huyendo  
 Y á encastillarse volvió.  
 En esto sentí llegar  
 El coche con los criados  
 De acompañarle encargados,  
 Quienes hartos de aguardar  
 (Pues les dejó en el camino  
 A las siete y no habia vuelto)  
 A subir se habian resuelto,  
 A ver si al castillo vino  
 Solo tal vez, y olvidado  
 De que les mandó esperar  
 A la entrada del lugar,  
 Donde les habia dejado.  
 Pedíles inútilmente  
 Esplicaciones; venian  
 Porque perdido le habian  
 A buscarle: concluyente  
 Razon ¿qué habia que hacer?  
 Mandéles irse á acostar;  
 Y á mi cuarto á cavilar  
 Me fuí hasta el amanecer.

Suspendió aquí su relato  
 El buen baron un momento,  
 Juzgando que ó desatento  
 Se distraia el doctor,  
 O que su faz, que mas torba  
 Cada instante se tornaba,  
 De su opinion le auguraba  
 A cada instante peor.

El médico, que en la causa  
 Del mal del hijo sabia  
 Mas que el padre, en su sombría  
 Profunda meditacion,  
 De aquilatar se ocupaba  
 En el crisol de su ciencia  
 Los grados de la demencia  
 Que le consulta el baron.

Y como de aquel misterio  
 Él solo tiene la llave,  
 Y como él tan solo sabe  
 Cuán grave ser puede el mal,  
 En profundo arrobamiento  
 Permanece enagenado,  
 Cual por el peso agoviado  
 De alguna idéa fatal.

Mas el baron, que lo ignora,  
 Desairado de él juzgándose,  
 Su arrobamiento enojándose  
 Resolvió cortar al fin;  
 Y con la voz ronca y trémula  
 Del amor propio ofendido  
 Le dijo, el rostro encendido  
 De la ira en el carmin:

“ Doctor, si no habeis de oirme,  
 “ Escuso gastar saliva  
 “ En valde”—y con faz esquiva  
 Se puso el baron en pié;  
 A cuya agresiva frase  
 Y harto brusco movimiento,  
 Fuerza de su arrobamiento  
 Salir al doctor le fué.

Y risueño “ de apariencias  
 “ No os fieis, baron, le dijo:  
 “ Pues si no sana vuestro hijo  
 “ Con lo que pensaba yo,  
 “ Dios solo sanarle puede;  
 “ Mas os lo juro en conciencia:  
 “ Si no curo su dolencia,  
 “ Creeré que Dios me cegó.”

A tan solemne protesta  
 Su amor propio satisfecho,  
 Tranquilizado en su pecho  
 Su paterno corazón  
 A la luz de la esperanza  
 Que en su alma á lo lejos brilla,  
 Ya serenado, su silla  
 Volvió á ocupar el baron

El doctor, templado viéndole,  
 Por ambas manos ásiéndole,  
 Y cariñoso atrayéndole  
 Benignamente hácia sí,  
 Preguntó: "y ¿al otro día  
 " En qué dió? ¿fué todavía  
 " Brutal? ¿cuál es su manía?  
 " Hablad y fiad en mí."

Rendido el viejo orgulloso  
 Por la cortés deferencia  
 Del doctor, en cuya ciencia  
 Desde aquel punto fió,  
 Convirtiéndose en satisfecho  
 Lo enojado y lo ofendido,  
 Su relato interrumpido  
 De esta manera anudó.

BARON. —Escusadme: yo temia,  
 Doctor, que no me escuchábais.  
 DOCTOR. —Ya veis que os equivocábais:  
 Conque, vamos, ¿qué manía  
 Es la de nuestro demente?  
 BARON. —Por lo que de ella os diré  
 Juzgareis. Al día siguiente,  
 Al rayar el alba, fué  
 A los criados llamando,  
 Quienes fueron poco á poco  
 Viniendo, que estaba loco  
 Ya todavía ignorando.  
 Yo al sentir el movimiento  
 De la familia, salí  
 A mi vez de mi aposento:  
 Y la escalera le ví  
 Seguido de los criados  
 Tomar: trás ellos eché  
 Tambien, y por él guiados  
 Fuimos al pátio: allí fué  
 Dó me llegué de manera  
 Indudable á convencer  
 De que debia tener  
 Perdido el juicio; porque era  
 Torba y fija su mirada,  
 Su acento bronco, violento  
 Su andar y su movimiento:  
 Estaba en fin trastornada  
 Aquella fisonomía  
 De espresio salvaje y dura,

Tan contraria á la dulzura  
Natural que antes tenia.  
Quedéme tras el cancel  
Lo que iba á hacer á observar,  
Y ví que mandó rodar  
Un enorme capitel  
De una columna truncada,  
Que fué de mi padre en vida  
No sé para qué traida  
Y despues abandonada.

DOCTOR. —Que os interrumpa escusad.  
¿Cuál es de ese capitel  
La dimension?

BARON. —Calculad  
Que del pilar la mitad  
Aun conserva unida á él.

DOCTOR. —¿Y es buen mármol?

BARON. —Yo en verdad

Ignoro su calidad:  
Del mejor de Macãel  
Me han dicho que es.

DOCTOR. —Continuad.

BARON. —Los mozos obedeciendo  
Pusiéronse á la faena,  
Y el pilar no sin gran pena  
Fueron rodando y trayéndo  
Hasta un morisco salon,  
Que tengo hoy abandonado  
Mas que fué en tiempo pasado  
La sala de recepcion.

DOCTOR. —¿Qué luz tiene?

BARON. Al medio-dia

Caen sus ventanas; se ven  
Desde las vuestras.

DOCTOR. —Muy bien:

Seguid, baron; la manfa  
De vuestro Cárlos me empieza  
A agradar, y me parece  
Que si Dios me favorece  
Recobrará la cabeza.

BARON. —¿Si tal hiciérais, doctor!

DOCTOR. —Con el afan mas prolijo  
Le cuidaré; por mi hijo  
No le tuviera mayor,  
Creedme; pero seguid.  
Deciais que el capitel,  
Metió en el salon ¿con él  
Qué hizo D. Cárlos?

BARON. —Oid:

Su cama, armas y equipage  
Traer mandó á aquel salon,  
Y sobre todo un cajon,  
El cual durante su viaje  
No quiso apartar de sí,  
Segun despues he sabido;  
Aunque jamás he podido  
Dar con lo que trae allí.

DOCTOR. —Ya daré yo; continuad.

BARON. —Mientras consigo no tuvo  
Todo su ajuar, se mantuvo

Con torba tranquilidad  
 Junto á la puerta de pié:  
 Y en buen momento juzgándole  
 Fuí poco á poco abordándole;  
 Cuando frente de él llegué,  
 De hito en hito me miró  
 Sin moverse del umbral,  
 Ni dar la menor señal  
 De reconocirme: yo  
 Al cuello le eché los brazos,  
 Y con paternal cariño  
 Como cuando aun era niño  
 Le acaricié: mas los lazos  
 Con los que Dios nos unió  
 Desconociendo, la faz  
 Tornando: " ¡Dejadme en paz!"  
 Me dijo, y me rechazó;  
 Y á los criados venir  
 Con su equipaje mirando,  
 El pátio cruzó saltando  
 Y les salió á recibir.  
 Presenció tranquilo y grave  
 La colocacion de todo;  
 Y cuando lo halló á su modo,  
 Pidió del salon la llave,  
 Hizo que el pilar derecho  
 Sobre una sólida base  
 La gente le colocase  
 Bien á plomo: lo cual hecho,  
 Atenta y prolijamente

De su equilibrio y firmeza  
 Se aseguró, y de la pieza  
 Mandó salir á la gente.  
 Entonces del capitel  
 Poniendo al lado el cajon,  
 Encerróse en el salon  
 Y no ha vuelto á salir de el.

DOCTOR.

—¿Y nunca entrásteis?

BARON.

—Fué vano

Intento: siempre está alerta  
 Y en tocándole á la puerta  
 Se presenta espada en mano.

DOCTOR.

—¿Mas no hallásteis un resquicio  
 Por donde ver lo que hace?

BARON.

—No: mas creo que deshace  
 Cuanto hay: pues cual si su oficio  
 Fuera el de picapedrero,  
 Sospecho que á martillazos  
 Hace el capitel pedazos,  
 Por el ruido á lo que infero.

A caer en su arrobamiento  
 Volvió el doctor; mas no era  
 Cual antes torba y severa  
 Su medítabunda faz;  
 La luz de un buen pensamiento  
 Sus ojos iluminaba,  
 Y á sus lábios asomaba  
 Una sonrisa fugaz.

Contemplándole en silencio  
El baron, que á ver alcanza  
Un rayo azul de esperanza  
En su faz resplandecer,  
Por no turbar imprudente  
Su segundo arrobamiento,  
Contenia hasta el aliento  
Sin atreverse á mover.

Al fin el doctor alzándose,  
Con el baron encarándose  
Dijo, las manos frotándose  
Cual satisfecho de sí:  
Baron, Dios es sobre todo  
Sábio mortal que de lodo  
Nace, mas yo haré á mi modo  
Lo que sé y fiad en mí.

Decid ¿qué alimentos toma  
Don Carlos? ¿tiene apetito?

BARON. —No hay cosa de que no coma,  
Yo mismo le pongo y quito  
Ante su puerta los platos.  
Y vacios del revés  
Me los vuelve todos.

DOCTOR. —¿Y es  
Goloso?

BARON. —Mas que los gatos.

DOCTOR. ¿Y es al dulce muy afecto?

BARON. Sorberá un vaso de acíbar  
Porque otro le den de almíbar:  
Es de familia defecto.

DOCTOR. —Pues bien, en una conserva  
Cualquiera, le habeis de dar  
Lo que os voy á preparar.

BARON. —¿Es jugo de alguna yerba?

DOCTOR. —¿Qué importa lo que sea? Es  
Un remedio que yo tengo;  
Mas mirad que os lo prevengo,  
Andad con él cauto, pues  
Si bien la demencia cura  
Su misteriosa virtud,  
Tomado en sana salud  
Predispone á la locura.

BARON. —¡Diablo!

DOCTOR. —De él seis gotas dad  
Por la noche á vuestro hijo.

BARON. —¿Seis justas?

DOCTOR. —Número fijo:  
Ni más ni menos.

BARON. —Fiad  
En mí.

DOCTOR. —Pues esa pocion  
Con su precisa instruccion  
Os llevaré al caer el dia,  
Baron; y ó pierdo la mia  
O le vuelvo á la razon.

Iba en acciones de gracias  
 A deshacerse el anciano  
 Baron, cuando por la mano  
 El médico le tomó;  
 Cortés, mas resueltamente,  
 Hasta la puerta llevóle,  
 Sus promesas reiteróle  
 Despidiéndole, y cerró.

Quedó el baron á la puerta  
 Entre enojado y corrido  
 Viéndose así despedido,  
 Hasta que al fin exclamó  
 Riéndose:—" tiene este hombre  
 A la verdad muy mal modo;  
 Mas tiene despues de todo  
 Excelente alma." Y partió.

## III.

Tiene el doctor en su casa  
 Detrás de su gabinete  
 Un misterioso retrete,  
 Cuya puerta con primor  
 Labrada da oculto paso  
 A este escondido aposento,  
 Donde vamos un momento  
 A introducir al lector.

En esta secreta estancia  
 De sus secretos tesoro,  
 Brilla un Crucifijo de oro  
 Elevado en un altar;  
 Ante el cual arde una lámpara,  
 Cuyo aceite embalsamado  
 Tiene el aire perfumado  
 Con alöe y azahar.

El camarín, que reviste  
 Cáoba ensamblada y tersa,  
 Tapiza una alfombra persa  
 Del tejido de Lahor:  
 Y el friso de sus paredes  
 Es una cajonería,  
 Hecha de marquetería  
 De primorosa labor.

En medio y sobre una mesa,  
 Como la mejor alhaja  
 Después del Cristo, una caja  
 De cedro oloroso esta,  
 En cuyas manillas de oro  
 Con rayos tibios destella  
 La lámpara, que sobre ella  
 Resplandor perenne da.

Porque esta luz es perpétua;  
 El doctor es el que cuida  
 De su llama azul la vida  
 Sin cesar de mantener;  
 Y símbolo misterioso  
 De la firmeza y la calma  
 De la honda fé de su alma,  
 No cesa jamás de arder.

A su luz todas las noches  
 Ante Jesús se prosterna,  
 Y á él que es la luz eterna  
 Para su alma pide luz;  
 Y, á solas, en el alivio  
 De sus enfermos medita,  
 En la presencia bendita  
 Del que hizo santa la cruz.

Hombre de fé y de creencias,  
 Con fé y caridad cristiana  
 Votó su existencia humana  
 Al bien de la humanidad:  
 Y hondamente convencido  
 De que Dios solo es la ciencia,  
 Busca en Dios su inteligencia  
 De las ciencias la verdad.

No como los falsos sábios  
 Impío y materialista,  
 Cree que nada hay que resista  
 Al troquel de su razón:  
 No: que al estudiar del hombre  
 La estructura y la belleza,  
 Del Criador la grandeza  
 Admira en su creación.



Él ve que el hombre creado  
 Para la paz y el cariño,  
 Trae instintos desde niño  
 De ódio y de destrucción:  
 Pero ve que las pasiones  
 De que el corazón trae lleno,  
 Torna en virtudes el freno  
 De la dulce religión.

He aquí por qué de la ciencia  
 Que más útil creyó al mundo  
 Hizo un estudio profundo,  
 De los hombres en favor;  
 Y por do quiera que ha ido,  
 Siempre en el dolor humano  
 Vertió con pródiga mano  
 Bálsamo consolador.

Mas vió que la Europa, presa  
 Del espíritu sofístico,  
 Con su furor silogístico  
 Y su afán de argumentar,  
 En vez de llevar las ciencias  
 A fin y verdades útiles,  
 En mil controversias fútiles  
 Las perdía sin cesar.

Vió que sus sábios, en ellas  
 Con ceguedad empeñados,  
 Vagaban desatinados  
 Por laberintos de error,  
 Y que entre tantos partidos  
 Y entre tantas opiniones,  
 La ciencia tras mil cuestiones  
 Jamás quedaba mejor.

Cuando él audaz en su cátedra  
 Sus errores manifiestos  
 Les demostraba, con textos  
 Le salían á atajar:  
 Y en vez de echarle por tierra  
 Sus firmes proposiciones,  
 Solo autores y opiniones  
 Le sabían alegar.

Mas él no porque un sofístico  
 En la controversia venza,  
 Cree que es bien que se convenza  
 Sin comprender la razón:  
 Ni aunque mil maestros digan  
 "Esto es verdad" sin probarlo,  
 Lo ha de creer sin sujetarlo  
 A madura reflexión.